

Morir para renacer de nuevo. La cultura en una nueva era*

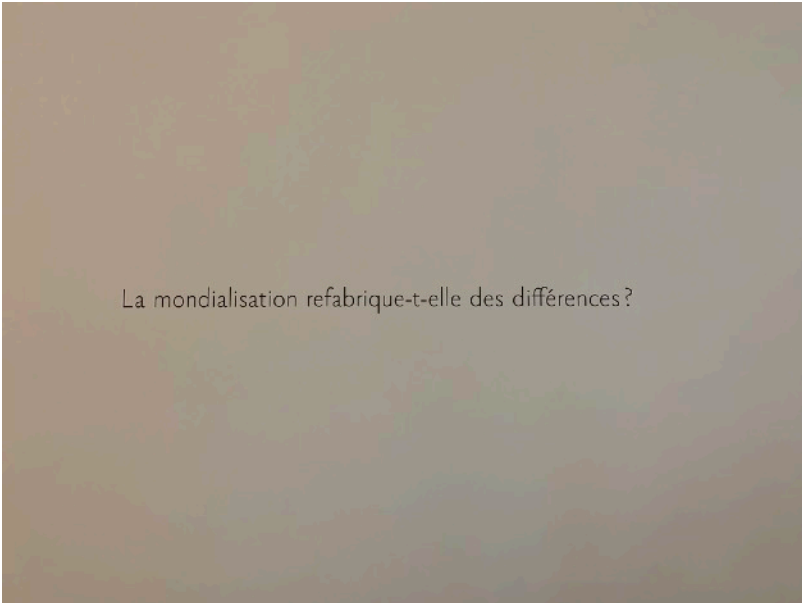
Alicia Vallina

S.G. de Publicaciones y Patrimonio Cultural del Ministerio de Defensa

Antropología para momentos críticos/11. Museo Nacional de Antropología

La digitalización no es una novedad en el mundo de la cultura. Los cambios sufridos en los últimos años han transformado parcialmente el modo de acceder a buena parte de estos recursos culturales, implantándose, a su vez, una tendencia a la globalización en el consumo de contenidos. Esto supuso un cambio significativo, un nuevo esquema constructivo que nos abrió a la espontaneidad, a la crítica y a la democratización. Sin embargo, nos encontramos ante una nueva vuelta de tuerca: un mundo sin fronteras que, paradójicamente, nos encierra como individuos evitando el encuentro físico con el otro.

El modo de consumir cultura cambiará de forma considerable a partir de ahora. Si hasta hoy convivíamos confortables quienes preferíamos observar los muros centenarios de los museos, herederos de un pasado casi olvidado, con quienes los visitaban a golpe de ratón ampliando cada obra hasta lograr captar sus más leves pinceladas, la creación de un amplio espacio de cultura digital alcanzará en un breve espacio de tiempo cotas inimaginables hace unos meses. El cambio no será más gradual. Y el arte, la literatura, el teatro, la música o el cine, deberán reinventarse de nuevo sobre los rescoldos de sus fatuas cenizas.

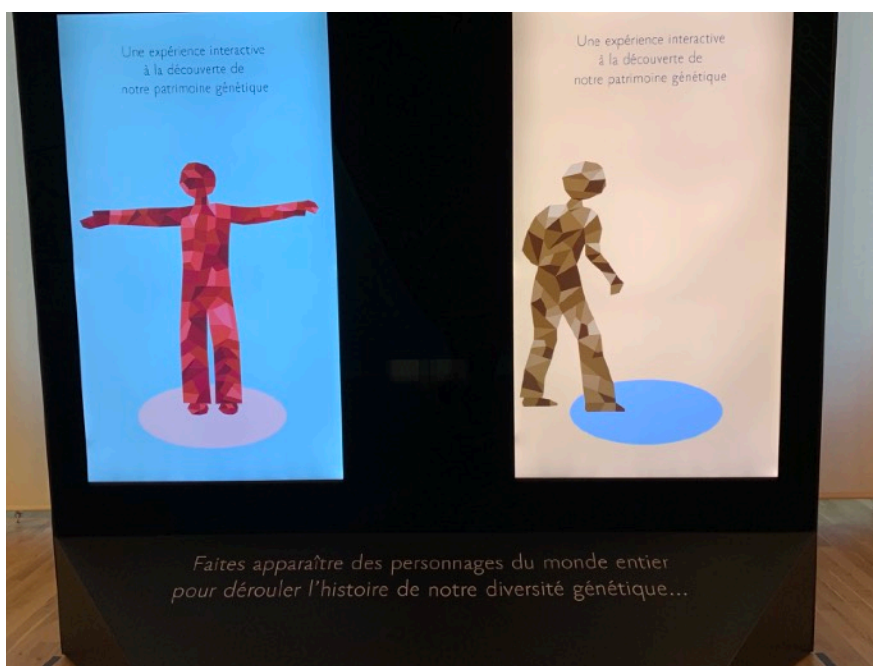


La mondialisation refabrique-t-elle des différences?

“¿La mundialización refabrica las diferencias?”, en el Museo del Hombre (París).

La inmediatez de la digitalización requerirá de contenidos cada vez más actualizados, más novedosos, y de una oferta de servicios variados y atractivos. En todo este proceso las mentalidades de los seres humanos deberán adaptarse, modificarse sustancialmente para no quedar excluidos, aislados. Por ello debemos ser generosos con quienes no sean nativos digitales o con quienes no puedan acceder a recursos tecnológicos, y conformar estrategias que les permitan convertir el riesgo de exclusión en una potencial arma de inclusión en un mundo globalizado. De este modo, las instituciones culturales deberán, hoy más que nunca, promover la convivencia pacífica, la tolerancia y el respeto, favoreciendo el diálogo social y la participación activa del ciudadano. Para ello, deberán actuar como espacios de unión, de encuentro, donde se muestren historias plurales que garanticen la identidad de los grupos sociales y de los pueblos.

El museo, si quiere participar activamente en la configuración de una sociedad más democrática, deberá favorecer comportamientos de solidaridad y diálogo intercultural, atendiendo a las demandas de la ciudadanía y consolidando valores como la tolerancia, la empatía y la libertad de colaborar en la construcción de la sociedad por la que queremos y necesitamos transitar.



Experiencia interactiva para descubrir nuestro patrimonio genético, en el Museo del Hombre (París).

Todos los profesionales hemos de estar atentos, hoy más que nunca, a los intereses de los consumidores culturales, rompiendo las barreras físicas que delimitan nuestras inquietudes. Los inconvenientes seguirán existiendo y aún seguiremos siendo muchos los nostálgicos que preferiremos el olor y el tacto de las hojas de papel de un libro aún por descubrir. Sin embargo, en pocas décadas esta sensación apenas será un recuerdo en la mente de los más viejos. Solo un momento perdido en el tiempo, como una lágrima mezclada con la lluvia.

Pero, a pesar de todo ello, las artes encierran una cualidad no compartida con ninguna otra rama del saber. Logran que el ser humano alcance las más altas cotas de felicidad a través de la contemplación de la belleza. Cuando escuchamos una partitura, observamos una pintura o tratamos de comprender las motivaciones de un personaje literario, teatral o cinematográfico, superamos nuestro natural apego individualista y buscamos la comprensión, la identificación con cualidades superiores que nos alejan de la mezquindad y nos acercan a lo divino a pesar de no poder rozarlo.



Obra de Ivan Zamurovic [@zamurovic.photography], en el Covid Art Museum

De este modo, cuando ya no podamos visitar en masa las grandes exposiciones de los más importantes museos, cuando no podamos abarrotar los teatros, las salas de cine o los conciertos, tendremos la oportunidad de volver a encontrarnos con nosotros mismos. Esa será la mejor de las noticias, el que podremos alcanzar la felicidad a través del encuentro personal y único con la grandeza del otro sin más voces que las de ambos. Esa será a la vez la gran paradoja de este nuevo mundo que ha explotado ante nuestros ojos sin un proceso de años, de siglos: el abrirnos al conocimiento ilimitado a través de nuestra propia individualidad. Algo que nos conducirá inexorablemente a una mayor comprensión del otro convirtiéndonos, ojalá, en seres más empáticos, generosos, creativos.

Durante estos días de confusión y de cambios, una de las cuestiones más importantes sobre las que debemos reflexionar, en mi opinión, es si esta situación excepcional nos ha cambiado en algo. Si lo ha hecho, ¿en qué ha sido? Además de convertirnos en consumidores y creadores de contenidos en red, ¿estos contenidos han servido para establecer vínculos positivos, honestos, generosos y en libertad con el otro?

Los ejemplos actuales de moralidad tienen mucho que ver con lo que el desaparecido ensayista Juan Cueto definía como *mitologías de la modernidad*. La ciencia, la tecnología, la eterna juventud, el culto al cuerpo, la idolatría, lo lúdico como ideal de la vida social, el Estado-espectáculo o el show político son solo algunos de estos viejos/nuevos dogmas que ya no buscan el perfeccionamiento sino únicamente el progreso. Este, abierto siempre a la colaboración y a la cooperación, favorecerá sin duda el desarrollo del ser humano, y permitirá la aceptación de sus errores con sabiduría y humildad, sacudiéndose de encima la arrogancia y obstinación natural que nos oprimen. De este modo, empleando la cultura, podremos interpretar las reglas de la vida, actuando acorde a nuestras limitaciones, siempre desde la sensatez y desde la comprensión profunda del valor de las cosas.

La cultura es uno de los grandes significados de la vida. Sus habitantes, nosotros, vagamos, muchas veces, como el viento desorientado en busca de alojamiento. Igual que los personajes de las obras de Marc Chagall. Sin anclar, vacilando por el espacio en busca de contenidos que den sentido a nuestra búsqueda. Nada nos pertenece más que el esfuerzo incesante por alcanzar esa felicidad que ha de nacer del alma.

El miedo es inherente al ser humano. Cuando cae el telón del mundo conocido, lo vasto del vacío nos engulle, nos devora. Pero, implacable, la vida comienza de nuevo. La oportunidad de explorar una libertad distinta con la alegría de saber que quizá nos haga mejores, siempre distintos.

*Versión revisada y ampliada por la autora del artículo ya publicado en la Tribuna del diario *La Nueva España* el 3 de abril de 2020 (pág.35).